

21 de Julio 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer;—la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera,—ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva.—Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula; pero el aspecto es triste y estéril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan

á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta.—El cónsul de Francia, M. Miege, noticia nuestra llegada al gobernador Sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. Es un domingo.—El sol ardiente del dia se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detras de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. El cielo, en el zenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa.—A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente, se va descolorando; en el Oriente es de un azul gris pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles,—ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya.—La tinta del cielo africano participa de la abrasante

atmósfera y de la rígida severidad de aquel continente; la reverberacion de aquellas peladas montañas impregna el firmamento de sequía y de calor, y el polvo inflamado de aquellos desiertos de árida arena, parece que se mezcla al aire que la rodea, y que empaña la bóveda de aquella tierra.—Nuestros remeros nos llevan lentamente à algunas toesas de la orilla.—La orilla baja y lisa de un arenal que va à morir à algunas pulgadas sobre el mar está cubierta, por espacio de media milla, de una hilera de casas que se tocan unas à otras, y parece que se han acercado lo mas posible à las olas para respirar su frescura y oír su murmullo. Hé aquí una de esas casas, y una de las escenas que vemos repetidas en cada portal, en cada azotea, en cada balcon.—Multiplicando esta escena y esta vista por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se tendrá un recuerdo esacto de aquel paisage, único para un europeo que no conoce à Sevilla, Córdoba, ó Granada, recuerdo que se debe grabar en la mente todo entero y con sus pormenores de costumbres para volverle à hallar una vez en la sombría é insulsa uniformidad de nuestros pueblos del Occidente. Estos recuerdos hallados en la memoria durante nuestros días y nuestros meses de nieve, niebla y lluvia, son como una lontananza sobre el cielo sereno durante una tempestad.—Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazon, un rayo de fé ó de verdad en el alma, todo es una misma cosa.

—Yo no puedo vivir sin estos tres consuelos del destierro en este mundo.—Mis ojos son del Oriente, mi alma es amor, y mi entendimiento es de los que llevan en sí un instinto de luz, una coincidencia irreflecionada que no se prueba, pero que no engaña y que consuela. Hé aquí, pues, el paisage.

Luz dorada, blanda y serena, como la que sale de los ojos y del semblante de una vírgen, antes de que el amor haya grabado un pliegue sobre su frente, echado una sombra sobre sus ojos.—Esa luz, estendida igualmente sobre el agua, sobre la tierra, en el cielo, hiere la piedra blanca y amarilla de las casas, y deja todos los dibujos de las cornisas, todos los lados de los ángulos, todas las balaustradas de las azoteas, todas las molduras de los balcones, articulados, firmes y limpios sobre el horizonte azul, bajo aquel temblor aereo, bajo aquella incierta y brumosa vaguedad de que nuestro occidente ha hecho una belleza para sus artes, no pudiendo corregir ese vicio de su clima.—Esa cualidad del aire, ese color blanco, amarillo, dorado de la piedra, ese vigor de los contornos, da al menor edificio del mediodía una firmeza y un lustre que tranquilizan y hieren agradablemente la vista. Cada casa parece no haber sido construida piedra à piedra, con argamasa y arena, sino haber sido esculpida entera y en pié en la peña viva, y estar

asentada sobre la tierra, como una roca salida de su seno y tan duradera como el mismo suelo.— Dos anchas y elegantes pilastras se alzan à ambos ángulos de la fachada, solo hasta la altura de piso y medio; allí una elegante cornisa, esculpida en la brillante piedra, las corona y sirve de base à una rica y maciza balaustrada, que se extiende en toda la longitud del remate y reemplaza esos tejados chatos, irregulares, puntiagudos, extravagantes que deshonoran toda arquitectura, que rompen toda línea armoniosa con el horizonte en nuestros hacinaamientos de estraños edificios, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y en Francia.— Entre esas dos anchas pilastras, que salen algunas pulgadas delante de la fachada, solo hay tres aberturas dispuestas por el arquitecto, una puerta y dos ventanas.— La puerta, alta y en arco de medio punto, no tiene su umbral sobre la calle, sino que se abre sobre una escalinata exterior, que sale sobre el malecon unos siete ú ocho piés. Esa escalinata, rodeada de una balaustrada de piedra tallada, sirve de salon exterior, lo mismo que de ingreso à la casa.— Describamos una de esas escalinatas y las habrémos descrito todas.— Uno ó dos hombres, en chaqueta blanca, de tez morena y ojos africanos, con una larga pipa en la mano, están tendidos indolentemente sobre un divan de junco, al lado de la puerta: delante de ellos, graciosamente asomadas à la balaustrada, tres mugeres, en diferentes

actitudes, miran silenciosamente pasar nuestra lancha, ó sonríen entre sí de nuestro aspecto estraño.— Un vestido negro que no baja mas que hasta la mitad de la pierna, un corpiño blanco con anchas mangas plegadas y flotantes, un gran rodete de negro cabello, y por cima de la cabeza, una capita negra, semejante al vestido, que tapa la mitad de la cara, uno de los hombros y uno de los brazos que retiene la capita; esta, que es de un tejido ligero, inflada por la brisa, se dibuja en la forma de una vela hinchada sobre un esquife, y en sus caprichosos pliegues, unas veces oculta, otras descubre el misterioso rostro que rodea.— Unas levantan graciosamente la cabeza para conversar con otras muchachas que están asomadas en el balcon superior, y les tiran granadas ó naranjas; otras hablan con mancebos de largo bigote, de negra y poblada cabellera, en chaquetita corta y ceñida, con pantalon blanco y faja encarnada.— Sentados en el pretil de la escalinata, dos jóvenes abates con casaca negra y zapato de evilla de plata, departen familiarmente, y juegan con anchos abanicos verdes, mientras que al pié de las últimas gradas un hermoso fraile mendicante descalzo, la frente pálida, calva y despejada, rodeado el cuerpo con los pesados pliegues de su hábito pardo, se apoya como una estatua de la mendicidad en el dintel del hombre rico y feliz y mira, con ojos de desprendimiento é indi-

ferencia aquel espectáculo de ventura, de bienestar y de alegría.

En el piso superior se ve en un espacioso balcón, sostenido por hermosas cariátides y coronado por una *viranda* india guarnecida de colgaduras y flecos, una familia de Ingleses, felices é impasibles conquistadores de la Malta actual.

Allí, algunas nodrizas moriscas, de flameantes ojos, de tez aplomada y negra, tienen en sus brazos á aquellos hermosos niños de la Gran Bretaña cuyos cabellos rubios y rizados, cuyo cutis de nieve y rosa, resisten al sol de Calcuta como al de Malta ó Corfú.

Aquellos niños bajo el manto negro y la ardiente mirada de aquellas mugeres semi-africanas, parecen hermosos y blancos corderillos colgados de los pezones de los tigres del desierto.—En la azotea, la escena es diferente; los ingleses y los malteses se la dividen.—A un lado, se ven algunas muchachas de la isla con la guitarra bajo el brazo, y entonando algunas notas de un antiguo canto nacional, agreste como aquel país; al otro, una joven y hermosa inglesa, melancólicamente reclinada sobre su codo, contempla con indiferencia la escena de vida que pasa bajo sus miradas, y recorrer las páginas de los inmortales poetas de su patria.

Añádanse á esta vista los caballos árabes mon-

tados por los oficiales ingleses, y corriendo, la crin revuelta, sobre la arena del muelle;—los carruages malteses, especies de litera con dos ruedas, tiradas por un solo caballo berberisco que el zagal sigue á pié galopando, ceñida la cintura con una faja encarnada con largas franjas, y cubierta la frente con la redecilla ó el gorro colorado, pendiente hasta la cintura, del arriero español; (1)—la gritería de los muchachos desnudos que se precipitan en el mar y nadan junto á nuestra lancha, los cantos de los griegos ó de los sicilianos anclados en el puerto vecino y respondiéndose en coro de un puente de un buque á otro, y las monótonas y saltarinas notas de la guitarra formando como un blando zumbido del aire de la tarde debajo de todos aquellos sonos agudos, y se tendrá una idea de un muelle de la Empsida el domingo por la tarde.

24 de Julio, 1832.

Libre entrada en el puerto de la ciudad Valetta; el gobernador, sir Federico Ponsomby, que ha vuelto de su quinta para agasajarnos, nos recibe

(1) Escusado es advertir la inesactitud de esta comparacion: la redecilla no se usa ya en España hace medio siglo, y los gorros colorados pendientes hasta la cintura, son peculiares de los catalanes.

en el palacio del Gran Maestro á las dos.—Esce-
lente fisonomía de un honrado inglés:—la probi-
dad es el carácter de esas caras varoniles:—eleva-
cion, gravedad y nobleza, tal es el tipo del verda-
dero gran señor inglés. Admiramos el palacio;—
magnífica y digna sencillez:—belleza en el conjun-
to y en la falta de vanas decoraciones por fuera y
por dentro;—espaciosas salas;—largas galerías;—
pinturas severas;—escalera ancha, cómoda y so-
nora;—sala de armas de doscientos piés de longi-
tud, que encierra todas las armaduras de todas las
épocas de la historia de la orden de San Juan de
Jerusalén.—Biblioteca de 40,000 volúmenes, don-
de nos recibe el director, el presbítero Bollanti, jó-
ven eclesiástico maltes, en un todo semejante á los
abates romanos de la rancia escuela;—ojo pene-
trante y dulce, boca meditativa y sonriente, frente
pálida y articulada, lenguaje elegante y compa-
sado, urbanidad sencilla, natural y fina.—Habla-
mos mucho tiempo, porque esa es la especie de
hombres mas propia para una larga y grata con-
versacion.—Hay en él, como en tantos eclesiásti-
cos apreciables que he hallado en Italia, algo de
triste, de indiferente y de resignado, que recuerda
la noble resignacion de un poder caido.—Criados
entre ruinas,—sobre las mismas ruinas de un mo-
numento derruido, han tomado de ellas la melan-
colía y la indiferencia de lo presente.—¿Cómo, le
dije, un hombre como vd. soporta el destierro inte-

lectual y la reclusion en que vd. vive en este pala-
cio desierto y entre el polvo de estos libros?—Es
verdad, me respondió; vivo solo y triste; el hori-
zonte de esta isla es muy limitado; el ruido que po-
dria yo hacer aquí con mis escritos no resonaria á
mucha distancia, y aún el que otros hombres ha-
cen en otras partes tiene aquí muy poco eco; pero
mi alma ve mas allá un horizonte mas libre y mas
vasto, adonde mi pensamiento se complace en vo-
lar; tenemos un hermoso cielo sobre la cabeza, un
aire tibio en derredor de nosotros, un mar dilatado
y azul bajo los ojos; esto basta para la vida de los
sentidos; en cuanto á la vida de la inteligencia, en
ninguna parte es mas intensa que en el silencio y
la soledad.—Esta vida asciende así directamente
á la fuente de donde emana, á Dios, sin estraviar-
se y alterarse con el contacto de las cosas y de los
cuidados del mundo.—Cuando San Pablo, yendo
á llevar la fecunda palabra del cristianismo á las
naciones, naufragó en Malta, y pasó aquí tres
meses para sembrar el grano de mostaza, no se
quejó de su naufragio y de su destierro, que va-
lieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo
y de la moral divina, y ¿me quejaré por ventura,
yo, nacido en estas áridas peñas, si el Señor me
confina en ellas para conservar su verdad cristia-
na en los corazones donde tantas verdades están á
punto de extinguirse?—Esta vida tiene su poesía,
añadió; cuando me desembarace de mis clasifica-

ciones y de mis catálogos, acaso escribiré también esta poesía de la soledad y de la oración!—Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio,—grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Ródas, que se llevaron los caballeros, después de su derrota están suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés;—obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Elección;—es de Miguel Ángel de Caravaggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empezóla en efecto, pero pudieron más la violencia y la irascibilidad de su áspera condición;—tuvo miedo de una larga obra y se fué,—dejando en Malta su obra maestra, la Degollación de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema en vez de hallarle por naturaleza, viesen este magnífico cuadro, conocerían que su soñada invención se inventó mucho antes que ellos nacieran.—Hé ahí el fruto nacido en el árbol, y no el fruto artificial moldeado en cera y pintados con falsos colores:—acti-

tudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas;—vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro.—Es uno de los más bellos que he visto en mi vida.—Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual.—No busquen más; ya está hallado.—Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes;—todo lo que se hace ha sido ya hecho;—todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros.—Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepción, artistas ó pensadores, perecederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza,—ese pensamiento uno y diverso del Criador! . . .

23 de Julio, 1832.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro,—vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta;—tierras pedregadas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto;—ciudad semejante á una concha de tortuga encallada en la peña;—parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva;—escenas de azoteas al anochecer;—mujeres sentadas en esas azoteas.—Así vió David á Betsabé,—nada más gra-